



REVISTA DE LIBROS

DOMINGO 13 DE FEBRERO DE 2007 / N.º 908

E9 - E10

EL MERCURIO

Después de varios años de estudiar filosofía en Friburgo reconstruyendo pacientemente algunos hitos fundamentales del pensamiento universal, llegué —con cierto desencanto al inicio— a la conclusión de que en Chile y el continente latinoamericano, al menos en lo que a tanto de memoria, nunca habían registrado ni un solo filósofo. Pero leyendo una y otra vez a los verdaderamente grandes y originales, Gabriela Mistral, César Vallejo y Jorge Luis Borges, percibí que si bien nuestros especialistas en la filosofía no filosofaban en grande, nuestros escritores sí lo hacían y pensaban muy profundamente y hacían transparecer, todas las épocas o se las importaban, que la filosofía dejó como en vino a fin de que cada ser humano viviera a su manera: Dios y la Historia, el tiempo y el espacio, el alma y la libertad, la bondad y la belleza, la muerte y la vida. Detrás de cada obra grande vive más o menos oculta una concepción del mundo de la cual ella se nutre, y su gran obra propia consiste en encontrar el modo único, romanesco, bello, de decir eso que nadie dijo antes ni habrá de decir después.

Gabriel García Márquez es uno de esos escritores profundos que, subintelecto o no, lo hacen trascender en cada línea que escriben. Ello es así porque trabajan arduamente e incesantemente cada palabra, una palabra con la cual, cierta han encontrado un modo decisivo del cual vive la obra. Ese modo surge de la historia. La de Colombia, la del Caribe, la de Chile, y toda la que trajo Melquiades a Macondo y que proviene de Asia, Israel, África y la Europa oculta en todos los rincones de sus tiempos. Se sabe que García Márquez trabajaba a menudo en una sala de las máquinas y que para escribir su novela mayor acumuló una inmensa cantidad de datos de geografía, cartografía, alquimia, filosofía, historia, la producción de Norteamérica, la más avanzada ciencia de aviación y cosmología de los griegos, leyendas de mitología alemana y visiones fantásticas. Con todo ello y cargado de la historia política, económica y cultural de su país y nuestro subcontinente, construyó algo tan profundo que casi puede ser considerado como la vida misma de la reflexión histórica-filosófica propiamente dicha.

Cuando uno se tropieza con textos epigramáticos de escritores y escritores que viven de su trabajo, se recuerda del tío implacable de La Comedia: "En el arte sólo hay genios y pecores". Como me gustan las aventuras peligrosas, escribí un libro que —al modo medieval— fue censurado e interpretado como obra de sedición línea por línea, como lo mismo. Una vez terminado el dictado, el señor Franz Bletterbach, el maestro de la casa, presentó el nuevo libro al señor de la casa, como la obra que en 1985 debía programar la serie según de profesor universitario en Berlín. Los manuscritos de Melquiades, "Cien años de soledad", burguesía latinoamericana y dialéctica de la reproducción ampliada de negación (Frankfurt, 1981).

De inmediato me di cuenta que García Márquez había inventado un yo trascendental paradójico y universal a más no poder, el gigante Melquiades. Gracias al saber de uno de mis estudiantes

En un año marcado por las cuatro décadas de la célebre novela, Víctor Fariás subraya los nexos entre el universo exuberante de su autor y la tragedia de un continente incapaz de crecer, hasta el día de hoy, eficientemente. Detrás de los Buendía aflora un Macondo que sin las empresas bananeras queda a la deriva. ¿Es Chile una excepción?

VÍCTOR FARIÁS

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ Y SUS "CIEN AÑOS DE SOLEDAD"

Un camino resplandeciente hacia el naufragio

dedicado al silencio —la lengua en que Melquiades escribió sus manuscritos—, puede entenderse otro de los grandes caminos de luz que García Márquez esconde entre sus líneas. Alrededor de ese yo trascendental que construye un mundo en sus signos, el autor alude al otro de su país, su historia

la dependencia", que explicaba el "desarrollo del subdesarrollo" latinoamericano como el resultado de una actitud entreguista a los intereses capitalistas por parte de una clase dirigente que, de modo autodestructivo, había renunciado a su propia función hegemónica gobernando la pobreza.

Por eso, se dijo, todo intento liberador debía renunciar a todo pacto con esa burguesía entreguista, autocrática, antinacional, "una burguesía burguesa", como la denominaron los teóricos izquierdistas de los años 60 (García Prada). Los comunistas pero soviéticos fueron designados al inicio de los "revolucionarios".

La clase trabajadora, explotada y dejada explotar por los Buendía, terminó por rebelarse. Pero lo hizo conducida también por un Buendía, un jefe revolucionario tal como los conocemos en Chile y en toda América Latina.

UN ESCRITOR REVOLUCIONARIO

Después de un tiempo en que logró escapar la tentación y la urgencia de escribir panfletos "comprometidos", el autor colombiano se dio a leer su libro para el público

que García Márquez fue el primero, antes que los teóricos marxistas de estirpe ortodoxa, en formular literariamente y con la mayor solemnidad conceptual, una teoría revolucionaria. Ya desde allí en donde hay que buscar la explicación para cosas tan difíciles como su fidelidad al líder al cadáver político que en Fidel Castro, su desprecio por lo que torpemente llamó "la democracia de tiranía chilena", así como sus terribles epigramas y desgarros con el más corrupto stalinismo y los bandos autoproclamados de Manuel Marichela, alias "Tío Pío", el jefe de las "fuerzas liberadoras" de su país en riesgo de civilización.

Cien años de soledad resplandece maravillosamente y con el mejor estilo del siglo XX una tragedia individual y colectiva: el surgimiento y desarrollo de una sociedad despreciada y dirigida por un sector social hegemónico que se cree a sí mismo como una instancia metafísica irrevocable los Buendía, que a la vez es incapaz de organizar un Macondo libre y en crecimiento eficientes. En su según la frase final, "una utopía condenada a cien años de soledad que no tiene una segunda oportunidad sobre la tierra".

Todo había quedado preanunciado al inicio, cuando, a poco de haber sido fundado Macondo, el gigante Melquiades le reza al patrón la oración: "¡Dios mío, que este Macondo sea una estúpida producción! ¡Sólo con una ciudad humana sea grande, capaz de vivir donde no quedará ningún rastro de la estúpida de sus hombres!". "¡Nuestro

maño de vidrio, sino de hielo y siempre habrá un Buendía, por los siglos de los siglos", trenó el patrón. La frialdad del todo debía inscribirse a la transparencia del proyecto de una tierra humana y la eterna debía ser sustituida por una utopía humana e improductiva.

Al escribirlo, Melquiades lo entendió todo. Se retiró a su cuarto y por largo tiempo escribió los manuscritos en silencio (que "fueron como si fueran una cosa sola") con sus "manos frías como patas de gusano". Melquiades había comprendido la ley de un único trascendental, y con ello la dialéctica de ese proceso histórico hasta la más singular de sus fases, y que debía ser plenamente descrito —¡qué bello!— en el instante final. La estructura de la narración no es circular, como suele afirmarse, sino repetitiva en el sentido de una espiral en que lo negativo se va acumulando en cada fase de desarrollo para llegar al momento autodestructivo. El inicio de la utopía voluntaria, pero cargada negativamente por el cumplimiento. El debía conducir hasta aquel Macondo final que podía destruir el todo cívico, pero deformar y con ello de nuevo.

ELITE CON COLA DE CHANCHO

Cada frase admirable, cada palabra sonora, el viaje por la selva iluminada, avanza y habita,

"con piedras como bocanetas poéticas madre-creadas", los descubrimientos insólitos en la Calabía y en la alquimia medieval, el descubrimiento de que había un mundo calculable en torno a Macondo y descrito por los primeros cartógrafos, la consolidación del primer Estado colonial con una clara analogía con el más latinoamericano: una clase que nunca llegó a ser conservadora y una clase liberal que descendió una guerra civil sin sentido, en que los liberales "lucharon por el derecho a casarse con la abuela y mantenerse repudiando 'Las glorias'". De una guerra "vacía" surgió una sociedad capaz de engendrar alguna región, contraponiendo impermanencia, la industria del hielo. Pero con ello sólo pudo a la vez conseguir el término al que iba a traer a Macondo, destrucción como una "luz atestada por una cocina hirviendo", al capitán no necesariamente descubierto, promotor y propietario de la industria de la banana de la que Macondo iba a depender.

La clase trabajadora explotada y dirigida explotada por los Buendía, terminó por rebelarse. Pero lo hizo conducida también por un Buendía, un jefe revolucionario tal como los conocemos en Chile y en toda América Latina. Con su enorme respeto e irresponsable provocación una tragedia que parece haber sido escrita en la Escuela Santa María de Luján que en 1907, con los "revolucionarios" aislados mientras los pulpos mueren. Poco a poco, va sucediendo todo en una generación viciosamente entrelazada, se van repitiendo y superando gigantes, burras, gemelos, coronados, dirigentes sindicales y militares, que, como la mancha Uruviel, fundamente la sociedad patriarcal, como que experimentan la levitación en medio de la selva tropical al beber una taza de chocolate hirviendo. Rememora la Biblia, que con su herencia extendida a su culminación, el maestro de baile Pío Caspi, un italiano que traía el mejor entretenimiento del único país aislado de Europa ("ese hombre es un místico") y también involucrada a la belleza. Tras todo esto, y mucho más, Macondo queda a la deriva

CONTINUA EN PÁGINA 830

Un camino resplandeciente hacia el naufragio [artículo]

Víctor Farías.

Libros y documentos

AUTORÍA

Farías, Víctor, 1940-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2007

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un camino resplandeciente hacia el naufragio [artículo] Víctor Farías.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile